

THE DUKE OF WASHINGTON

Por Louis D. Brunton
Birmingham (Inglaterra)

En una noche fresca del pasado mes de octubre una gran multitud se congregó en el Constitution Hall, templo de la música clásica en Washington, para escuchar a Duke Ellington interpretando solos de piano, acompañado por la National Symphony Orchestra.

El programa empezó con *Carnival Overture* de Dvorak, una composición muy familiarizada con las salas de concierto, que el público escuchó con impasibilidad. Ellington no entró en escena hasta una vez terminada esta primera interpretación, haciéndolo en medio de los aplausos de bienvenida del público. Suave, confidente y con su sonrisa habitual, hizo una reverencia y se sentó al piano. Las ovaciones del público no tienen nada de extraño para Duke Ellington, pero en esta ocasión no se trataba de una cosa ordinaria, ya que Ellington es hijo de Washington D. C., y desde que dejó la casa paterna hace treinta y cuatro años, sus actuaciones en la capital de los Estados Unidos se limitaron al Howard Theatre, algunos clubs nocturnos de poca categoría, sólo para negros y un concierto sobre una barcaza en el río Potomac, nunca en el Constitution Hall.

El debut de Ellington en esta sala no fue en realidad ningún éxito completo. Alguien dijo en cierta ocasión, «Ellington toca el piano, pero su verdadero instrumento es su orquesta». Pero, este su «verdadero instrumento», un grupo habituado a actuar anualmente en el Carnegie Hall de Nueva York, todavía no ha hecho su aparición en el Constitution. Los directores de esta sala de conciertos seguían hasta hace poco, un lamentable programa racial que cerraba sus puertas a algunos de los más importantes artistas americanos. Ultimamente una especie de liberalidad retrasada, o tal vez la presión de la opinión pública les forzó a admitir solistas negros, siendo la contralto Marion Anderson, la primera.

El hecho de que un sector del público que asiste a conciertos de jazz está considerado como elementos que les gusta exteriorizar sus emociones rompiendo las butacas de las salas de conciertos, era al parecer, otra de las causas por las que los directores del

Constitution se abstienen en presentar solistas de jazz.

La presencia de Duke en el Constitution Hall se puede considerar bajo diferentes aspectos. Fue un merecido tributo que hacía tiempo le debía la capital de los Estados Unidos a uno de sus más distinguidos hijos. Fue un acontecimiento impulsado por la gran publicidad que se le otorgó después del éxito que consiguió con su orquesta en el Festival de Newport, en 1956 y a los artículos publicados en su favor en la revista «Time». También fue una manifestación más del proceso que sigue actualmente el jazz para figurar entre las artes más significativas. Cualquiera de estos aspectos hubiera sido suficiente para justificar el hecho de que Duke escogiera su *New World A-Coming* para empezar el programa de aquella noche.

Esta obra carece del espíritu de optimismo dado a entender por su título;

sin embargo, la brillante imaginación con que tiene habituados Ellington a sus seguidores, quedó de manifiesto en su nueva composición *Night Creature*. Se trata de un agradable poema cuya música, gracias a las ingeniosas ideas de Duke, nos hace olvidar los pasajes desafortunados que también existen en el mismo. Además, la instrumentación requiere un ritmo que sorprendió a los sinfónicos.

Siguió después *Mood Indigo*, interpretada de forma ajustadísima por los instrumentos de viento de la National Symphony Orchestra, finalizando el concierto con un *Medley of Ellington Hits*, durante el cual Ellington fue acompañado por su «drummer» Sam Woodyard y su contrabajista Jimmy Wood, y en ciertos pasajes, por la National Symphony. Pero las composiciones de Ellington las interpretan mejor los solistas que integran su propia

Pasa a la página 18



Duke Ellington

Foto: London Records